

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías:
MIGUEL SALGUERO.

Nº 1 - El campesino finquero

Así vivimos los ticos

Valerio Quirós Campos. 46 años. Tiene 14 hijos. Una finca en Piedades. caserío de Barbacoas, distrito 3º de Puriscal.

—¿A qué hora se levanta Ud.?

—Generalmente a las cuatro de la mañana. Trabajamos a media hora de aquí; como siempre hay cosas que hacer en la casa, tenemos que madrugar para dejarlas listas.

—¿En qué consiste su desayuno?

—No desayunamos. Bueno, nada más que café. Cuando hay pan, sí, pero aquí no pasa el pan como en San José. Yo no sé, es que a veces amanezco muy lleno y me ofrecen —quiere una tortilla con natilla?—, pero digo que no.

—¿Se enferma Ud. con frecuencia?

—Bueno, un malestarcillo, como escalofríos y sudores; sí, pero fui a Santiago, le pedí una inyección al boticario, y al día siguiente amanecí como si nada.

—¿Cuántos hijos tiene? ¿Se le enferman mucho?

—Catorce vivos, tres muertos. Los mayores nunca se enferman. Después del número 7, como que nacieron más débiles, sobre todo de los bronquios. Padecen más.

—¿Se levantan a la misma hora que Ud. sus hijos?

—Los más grandes se levantan a la misma hora. Tres trabajan conmigo en la finca.

—¿Su señora, hace todo el oficio sola?

—Ahora le ayudan varias muchachas, porque tengo dos grandes y otras medianas. Todas se

levantan también a las cuatro de la mañana.

—¿De qué hora a qué hora trabaja.

—Empezamos a las seis de la mañana, hasta el mediodía en invierno, porque llueve temprano. En el verano trabajamos todo el día.

—¿Le gusta su trabajo?

—Sí, idiay!; siempre he trabajado en lo mismo, agricultura, y en lo propio.

—¿Cree que Ud. puede desempeñar otro trabajo distinto, manual por ejemplo? ¿Le gustaría un cambio?

—Pues seguro que uno puede hacer otras cosas, pero hay que meditar mucho para un cambio. Una vez pensé en comprar una pulpería. Pero un amigo me dijo: Mirá, con toda esa familia que tenés, se comen la pulpería y te quedás sin nada; y es la verdad.

—¿Cuántas horas en total trabaja Ud. al día?

—En la finca, seis más o menos; el resto del día no faltan cosas que hacer en la casa.

—¿Qué le manda su señora en el almuerzo?

—Arroz y frijoles, que nunca faltan. Un huevo. Leche. Agua dulce.

—¿Se siente satisfecho con ese almuerzo?

—Sí. Es la costumbre. Porque fíjese que cuando me fal-

tan los frijoles, el almuerzo se ve muy feo, aunque no tenga hambre. Es que a veces uno se siente sin ganas de comer: sólo el huevo. Pero si no veo los frijoles, no me gusta.

—¿Se siente bien alimentado?

—Bueno, sí. Nosotros comemos carne dos veces por semana. Solo cuando vamos al centro. Antes había en Barbacoas un señor que mataba, pero se llevaba la mejor parte para San José. Le prohibieron seguir.

—¿Cuánto gana Ud., más o menos, por día?

—Yo calculo que entre mis muchachos y yo nos debemos ganar al día más o menos 24 colones. Aquí el jornal se paga a 7 pesos las 6 horas. Como nosotros trabajamos en lo propio, es un cálculo nada más.

—¿Qué artículos produce Ud.?

—Maíz y frijoles; café, dulce para el gasto —tengo trapiche. — La leche, los huevos. Hay bastantes gallinas, pero a veces viene la peste y se mueren muchas. Hace un tiempo ponían 14 —apenas un huevo para cada uno—, vino la peste y se llevó el gallo; después mató como a 5. Fui a Santiago, compré vacuna y se paró el mal.

—¿Qué cosas tiene que comprar?

—Arroz, papas, fideos, sal, jabón, manteca. Hay cosas que compramos y que se dan muy bien aquí, pero no tenemos buena semilla, como las papas.

—¿De lo que produce, qué cantidad deja para su familia?

—Dejo suficiente para el gasto de todo el año.

—¿Le alcanza el dinero para comprar lo que le hace falta?

—Siempre tenemos para lo indispensable.

—¿Cuánto le dura a Ud. un pantalón de trabajo?

—Poco más o menos 6 meses. Yo compro dos pantalones al año para trabajo, fuera de los de salir, que son más finos y duran mucho más. Los de trabajo me cuestan 30 colones cada uno.

—¿Y para sus hijos? ¿Su señora?

—Compro como se vaya ocupando. A las mujeres les dura más la ropa; como uno anda allá en el monte se ensucia más y dura menos.

—¿Terminó Ud. la escuela primaria?

—Cuando yo me criaba había nada más hasta el tercer grado. Para terminar la primaria había que irse a Santiago, y eso costaba mucho.

—¿Le hubiera gustado seguir estudiando? ¿Por qué no lo hizo?

—Pues quién sabe. Como eso es cuestión de que a uno lo impulsen. Cuando yo me criaba nadie le decía nada a uno. Quizás no hubiera salido malo para el estudio. Fíjese que tenía un güila en sexto; me ponía a revisar las tareas y le encontraba muchos errores, a pesar de que el maestro le ponía diez corrido, seguro porque era muy bien portado nada más.

—¿Ha estudiado alguno de sus hijos?

—Hay uno estudian'to. Otro, muy inteligente, el maestro me dijo que lo pusiera a estudiar, pero a pesar de que le hice toda la fuerza no hubo manera. Hice varias vueltas a ver si el muchacho quería, pero no; tal vez ahora le ha pesado. Esto pasó con uno de los mayores; de los otros todavía no se sabe.



Valerio Quirós Campos. 46 años. 14 hijos. Vida "propia". Pacientemente nos contesta 91 preguntas sobre él, los suyos, y los que lo rodean en Piedades de Barbacoas, Puriscal.

Así vivimos los ticos

"Con tanto préstamo del extranjero, este país de quién es?"

"Yo conozco a muchísima gente que no quiere trabajar..."

—¿Le gusta reunirse con sus vecinos a discutir los problemas de su pueblo?

—Sí, a menudo lo hacemos. De esas reuniones salen cosas muy buenas. A veces nos unimos para trabajar juntos en bien del pueblo. Hay una Asociación de Desarrollo Comunal. Yo estoy en la Junta Edificadora.

—¿Cree que hay mucha miseria por aquí?

No, no veo mucha pobreza aquí en los alrededores. Más o menos todo el mundo tiene de qué vivir.

—¿Qué propondría Ud. para combatir la pobreza?

—Es que la pobreza sólo se combate con la ayuda a los más necesitados para que puedan trabajar. Darle tierra a la gente que quiera trabajar.

—¿Cree que la gente vive mal por falta de trabajo, o hay otras causas?

—Es que para vivir más o menos bien tiene uno que trabajar, y que el gobierno lo apoye. Pero yo conozco a muchísima gente que no quiere trabajar. Hay gente que mejor se muere que trabajar; entonces, ¿cómo se va a combatir la miseria?

—¿Cómo cree Ud. que viven los norteamericanos?

—Se cree que viven muy bien, según dicen.

—¿Ud. cree que ellos deben ayudar a estas naciones?

—Yo veo que nos han ayudado mucho y me parece muy difícil salir de tanta deuda.

—¿Le parece bien que nosotros le pidamos más dinero a los gringos?

—Yo creo que no es conveniente. Uno y otro gobiernos piden y piden y cada vez debemos más; entonces, de quién es este país? ¿Nos vamos a ir para los Estados Unidos o se van a venir ellos para acá? Ya hace días de estar pidiendo plata nosotros, y nada que pagamos como debe ser. Pero hay un gran problema: ningún gobierno deja nada al que le sigue. Todos dejan limpio. Solo déficit, que se trata de arreglar con esos préstamos.

—¿Qué cree Ud. que va a ocurrir en Costa Rica en los próximos años?

—Bueno, a mi parecer si esto no se compone va a entrar el comunismo aquí. Le veo muy mal ambiente a la cosa. El comunismo es cosa seria; se aprovecha de todo, entra por todo.

—¿Y de los rusos, en concreto, ¿qué piensa?

—Ay Dios mío; yo no creo que sea una buena política la de esa gente. Me parece que en un gobierno comunista solo los grandes viven bien.

—¿Cree que podrían prestarnos dinero los rusos?

—Francamente... más deudas. Pero si lo hacen, si quieren ayudarnos, que lo hagan pero que no se nos impongan.

—¿Del comunismo, una opinión?

—Según por lo que he oído, yo nunca lo aceptaría.

—¿Esta enterado de lo que pasó en Chile?

—Acabo de enterarme.

—¿Qué le parece la cosa?

—Es una cosa del pueblo; esa cuestión me la puedo explicar porque tal vez el presidente que había no convenció a la gente.

—¿Ha oído hablar, claro, de los secuestros de gente...

—Sí, claro, y para mí se deben a maniobras de los comunistas y al descuido de las autoridades.

—¿Le parece que podría ocurrir lo mismo en Costa Rica?

—Eso está en las manos de esa gente. Todo esto lo pueden hacer si quieren; ya ve con el avión. Lo mismo pueden hacer con personas, si les da la gana.

—¿Cambiando una vez más de tema, está de acuerdo en que las familias tengan bastantes hijos?

—Bueno... ya nosotros estamos en eso; tenemos, como le dije, 14. Pero de mi parte no estoy de acuerdo, porque entre más hijos, más se sufre. Ahora cuesta más la vida.

—¿Para terminar, qué le pediría Ud. a los gobernantes?

—Yo les pediría que no metan más impuestos. Uno más, adónde vamos a dar? Antes se hablaba de devaluar la moneda; ahora está devaluada por los impuestos, porque un colón de ahora apenas es como sesenta centavos de antes. Cuando metieron el impuesto de ventas dijeron que era apenas por tres meses: vea por donde vamos. Que el protocolo iba a quitar el de ventas y vea lo que sucedió, dejaron los dos. A ese paso no podemos llegar a ninguna parte. Por eso lo que les pediría es que no pongan más impuestos, a ver si podemos continuar trabajando la tierra.

Piedades, Barbacoas, 8 de noviembre de 1970.

"Yo aspiro a comprarme un carro, pero no como mucha gente que compra chatarra..."

"Hay años que no tengo tiempo para ir a Puntarenas..."

—Va a misa todos los domingos?

—Sí señor; sólo hoy no fui porque estábamos trabajando en el camino.

—¿Cree que la iglesia trabaja para mejorar la situación del pueblo?

—Sí, ese es su espíritu. Al menos el cura que hay aquí es muy progresista; a Barbacoas la ha vuelto al revés.

—De tener medios suficientes, ¿qué le gustaría comprar para su finca?

—Yo aspiro a comprarme un carro, pero no como mucha gente que compra chatarra; que les ofrecen un carro por diez mil pesos y no sirve para nada. Si puedo comprarlo bueno, lo compro; si no nos quedamos como estamos.

—¿Van a pasear los domingos?

—A veces vamos donde abuelo, aquí mismo, a pasear, pero muy poco.

—¿Va todos los años a pasear a alguna parte lejos, por ejemplo a Puntarenas?

—Hay años que no tengo tiempo; cuando voy, lo más es un día o dos.

—¿De cuánto dinero dispone Ud. para ese viaje?

—¿Con todos? Ah bárbaro; mucha plata. Lo menos mil pesos; somos 16 por sentada, saque cuentas. A veces pago un carro especial que nos lleve.

—¿Cuánto dinero les da a sus hijos mayores el fin de semana?

—Lo que hago es darles donde siembren, para que tengan dinero; cuando ellos tienen, yo me hago el rosa. Es que hay muchachos que si uno les da la mano, cogen hasta el codo.

—Volviendo al asunto de la alimentación, ¿si Uds. venden los huevos qué hacen con el dinero?

—No, nunca vendemos huevos ni leche; al contrario, a veces compramos porque no alcanzan.

—En fin, lo que queríamos preguntarle es si cree que la carne alimenta más que los huevos?

—Yo creo que alimentan más la carne y la leche que los huevos.

—¿Cree que los frijoles sean más alimenticios que la carne y los huevos?

—Ah, un caldo de frijoles negros con dos huevos adentro, son un gran alimento. Fíjese que una vez fui a un restaurante en San José y no había otra

cosa que sopa negra con huevos. Bueno, dije, pues tráigame esa sopa con huevos. Y lo que me sirvieron fue caldo de frijol. "Qué tirada, me dieron lo de todos los días...".

—¿Cuándo Ud. se criaba, la alimentación era parecida en su casa?

—Generalmente las mismas comidas; eso no ha cambiado.

—¿En la escuela, le explicarían algo acerca de una alimentación adecuada? ¿Qué recuerda Ud.?

—Yo no recuerdo de eso. Ahora hay los nutricionistas, pero antes nadie hablaba de esas cosas.

—¿Leen bastante sus hijos? Cree que la lectura es beneficiosa?

—Leen mucho; es muy beneficioso. Revistas, periódicos, el Eco Católico, El Apostol, una revista. Novelas no; yo nunca he comprado una novela.

—¿Cree Ud. en los espantos, en el Cadejos, la Llorona, y todos esos personajes?

—Yo no creo porque nunca he visto nada; es como con los difuntos, hay muchos cuentos de que aparecen, pero no. Solo una vez nos pasó algo raro. Estaba con mi hermano a las 11 de la noche enyugando una yunta de bueyes, cuando se rajaron un grito en el monte. Nos quedamos como en misa. Dicen que es un espíritu malo, que llaman el Salvaje; si uno responde entonces aparece. Pero yo no creo en brujas.

—¿Ha oído a esa gente que dice cosas por radio, que adivinan? ¿Le parece que pueden ver, por ejemplo, el "futuro"?

—No creo en esos viejos que se llaman profesores. No creo. Esos viejos ante todo son preparadas para hacer las cosas bien; mejor dicho, son unos atracadores. Los llaman por teléfono, les dicen cosas a la gente, y después "venga a mi consultorio", y ahí los estafan.

—¿Le gusta el licor?

—Sí señor. De cuando en cuando me tomo unos traguitos, ¿para qué ser hipócrita? Si me nace tomarme un trago, me lo tomo.

—¿Cuando va a Santiago también?

—Donde sea, pero con medida. Con tres socas que me pegué cuando joven, con esas tuve para no emborracharme más.

—¿Qué otra cosa le gusta hacer cuando va a Santiago?

—Voy solamente a comprar, rápido. Aquí tenemos buen servicio de cazadoras, así es que no me tardo mucho.

Así vivimos los ticos

"A la larga ni vuelven.

De aquí hay muchos que han estudiado y nunca más se volvieron a ver por el pueblo..."

"En San José para vivir hay que estar bien colocado o tener mucho dinero..."

—¿De estudiar sus hijos una carrera, Ud. cree que vuelvan a trabajar a Puriscal o se queden en San José?

—A la larga ni vuelven. Aquí hay muchos que han estudiado y nunca más se volvieron a ver por el pueblo. En cuanto a mis hijos, el que tengo estudiando me cuesta más de mil colones al año, y eso resulta muy duro para uno.

—¿Ud. ha tenido deseos de irse a San José?

—No señor.

—¿Le parece que podría vivir allá? ¿Qué hay campo para Ud.?

—En San José para vivir hay que estar bien colocado o tener mucho dinero; de lo contrario es muy triste.

—¿Pero, cree que Ud. podría adaptarse a una ciudad?

—Sí se puede vivir, yo veo que sí, pero no me iría porque yo veo que de todas partes se van a la ciudad y ya no caben. De aquí hay muchos que regalaron las fincas y se fueron; las malbarataron y se fueron a donde hay que comprarlo todo.

—¿Algún conocido suyo se ha ido?

—Sí, una familia se fue hace años.

—¿Y cómo se encuentran?

—Parece que bien, porque todavía están vivos, no se han muerto. Es que la han fuerceado duro y les ha ido muy mal, por eso digo que deben estar contentos porque... están vivos, por lo menos.

—¿Otro caso?

—Había un muchacho que tenía una finca bonita; tres vacas para la leche de los chiquitos, que estaban muy gordos; en fin, vivía bien. Lo vendió todo por cualquier cosa, compró un lote en el centro, en Santiago, y ahora todo tiene que comprarlo, sobre todo la leche que antes los chiquitos se bebían la de las tres vacas y ahora lo que puede comprar el muchacho ese es una media diaria. Es una lástima dejar esta tierra, que produce de todo.

—¿Qué cosa podrían hacer Uds. para mejorar las entradas de la finca?

—Sí, yo hallo que hay varios medios buenos para que produzca más. Cambiar de cultivos, por ejemplo cambiar el tabaco por el café, que ahora produce más el café. Sembrando más. El tabaco me ha dejado pérdidas dos años. Nosotros tenemos un

contrato con la compañía, pero si no se cumplen los requisitos al pie de la letra, está uno liquidado. A veces se hace una selección de tabaco y cuando llega uno allá a entregarlo, todo cambia porque ellos hacen otra y está uno listo.

—¿Cómo se divierten sus hijos?

—A veces juegan futbol. Aquí tenían un equipo, pero se desintegró. Por las tardes los muchachos van a la pulpería, porque les gusta estar en grupo. A ratos se ponen a patear la bola.

—¿Oye Ud. los partidos de futbol? ¿Ha practicado algún deporte?

—Deportes no. Soy aficionado al futbol; me gusta oír los partidos. Voy con el mejor equipo, con el que va ganando. No me gusta oír goleadas.

—Ha ido alguna vez al estadio?

—Una vez a ver a Puriscal con Pérez Zeledón, por el campeonato.

—Entre doctor, abogado, futbolista, ingeniero, diputado, presidente, jornalero, finquero, oficinista, mecánico o aviador, qué le gustaría que fueran sus hijos?

—Todo es bueno, menos jornalero. Yo nunca me he ganado un jornal.

—¿Si alguno de su familia se enferma, va a Puriscal a que lo vea el doctor, o a San José?

—Aquí llega la Unidad Móvil todos los meses; si no llega, entonces se lleva a Santiago o San José, depende.

—¿Dónde se mejora su señora?

—La mayoría de las veces en la Maternidad, en San José.

—Los han tratado bien en los hospitales?

—Bien por lo general. Estamos muy agradecidos con la Maternidad. Ya le dije antes que muy poco nos enfermamos; en realidad, solo cuando Braulia ha necesitado de la Maternidad.

—¿Cuándo Ud. va al banco o alguna oficina del gobierno, ¿cómo lo tratan?

—Bien, no he tenido problemas. Todos son muy buenos, lo mismo la gente tanto en Santiago como en San José.

—¿Sus vecinos lo ayudan cuando tiene algún apuro?

—Sí, lo mismo yo a ellos.

Continúa

"Si los grandes no se ponen de acuerdo, los pequeños sufrimos..."

"Nadie sabe cómo piensan los hijos; a lo mejor se van de aquí..."

—¿Esta finca, es herencia?

—Unas partes compradas, otras de herencia. Más o menos son como sesenta manzanas.

—¿La tierra responde a su esfuerzo?

—Tiene muy buen vegetal y responde bien; por ejemplo, una manzana de maíz puede producir 4 fanegas.

—¿Recibe ayuda técnica?
¿Cree en los técnicos?

—Ayuda técnica no recibo, seguro porque nunca la solicito; tal vez si fuera a pedirla, tendría asesoramiento. En los técnicos sí creo.

—¿Cuándo llega un candidato a diputado o presidente, Ud. va a oírlo?

—Bueno, siempre tiene una curiosidad por oír lo que dicen. A mí me gusta oír las dos partes, para ver.

—¿Qué opinión le merecen los políticos?

—Me parece que todos merecen respeto.

—¿Cree Ud. en lo que dicen esos políticos?

—Bueno, más o menos todos dicen lo mismo, pero yo no creo en ellos. Es que soy muy viejo y lo he oído todo... todo el tiempo.

—¿Responden los políticos costarricenses a lo que el pueblo espera?

—Mire, la verdad es que todo depende del pueblo; pues si el pueblo quiere progresar, progresa a pesar de los políticos. Si uno nada hace, tampoco ellos.

—¿En términos generales, qué piensa Ud. de nuestros gobiernos?

—Yo no sé ni qué le dijera. La fe de uno es que con cada gobierno se componga la cosa, pero la verdad es que todos hacen lo mismo; la descomponen. Para mí todos son iguales. Algunos tienen más suerte para conseguir dinero que otros, pero en general son la misma cosa.

—¿Cómo podría el Gobierno ayudarlo a Ud. eficazmente?

—Un sistema muy práctico es con los bancos, que ahora tienen muchos papeles; para conseguir un préstamo hay que llevar hasta la señora; por eso hay que mejorar el sistema. Me acuerdo que hace veinte años pedí una plata y ese mismo día me dijo el delegado: si tiene gusto se espera y se la lleva, Mire, eso nunca se me olvida. Así deben operar los bancos. Si nos conocen bien a nosotros y conocen a los fiadores, para qué

tanto papeleo, tanta espera? Ahora hay que hacer una romería para conseguir plata en el banco.

—¿Lee Ud. periódicos?

—Muy poco. A veces cuando voy a San José compro alguno, LA NACION.

—De la radio, ¿cuáles programas le gustan más?

—Lo más que me gusta son las noticias y los programas musicales; en veces el de la Tabacalera.

—¿Le gusta el cine?

—Casi nunca he ido; sólo como dos veces. Por cierto que la primera vez fue cuando me gustó, porque estaban peleando los Estados Unidos en la guerra mundial —fíjese, fue ayer como quien dice—, y pude ver cómo era la cosa, pero la otra no, porque me molestó la vista.

—¿Le gustaría tener televisión?

—Sí, pero no he comprado, a pesar de que ya tenemos buena luz. Es que mucha gente no aconseja porque dicen que en la televisión se ven a veces cosas que no son convenientes. Los muchachos si quieren que compre.

—¿Qué piensa Ud. de la situación en el mundo?

—Yo la veo muy triste, muy seria. Todo está muy enredado. Si los grandes no se ponen de acuerdo, como Estados Unidos y Rusia, los pequeños sufrimos.

—¿Y de las modas, qué nos dice?

—No estoy de acuerdo con modas como la minifalda; no, no, Dios libre. Que las muchachas no usen como las viejitas. Eso está bien; pero no tan corto como ahora.

—¿De los hippies, qué piensa?

—Bueno, no los conozco. Aquí solo uno hemos tenido; se dejó el pelo largo como un año, parecía una mujer; hasta que daba vergüenza. Todos los muchachos lo molestaban; le tocaban el pelo, hasta que tuvo que cortárselo.

—Si se casa alguno de sus hijos, ¿tiene que ayudarlo?

—Depende de ellos. Es que, como me decía un amigo, uno no los entiende muchas veces; que nadie los acomoda. Es mejor que se acomoden ellos, pues no sabemos como piensan. De repente quieren irse para otra parte... Uno trata de darles donde vivan, pero a lo mejor lo que quieren es colocarse en San José. ¿Entonces?

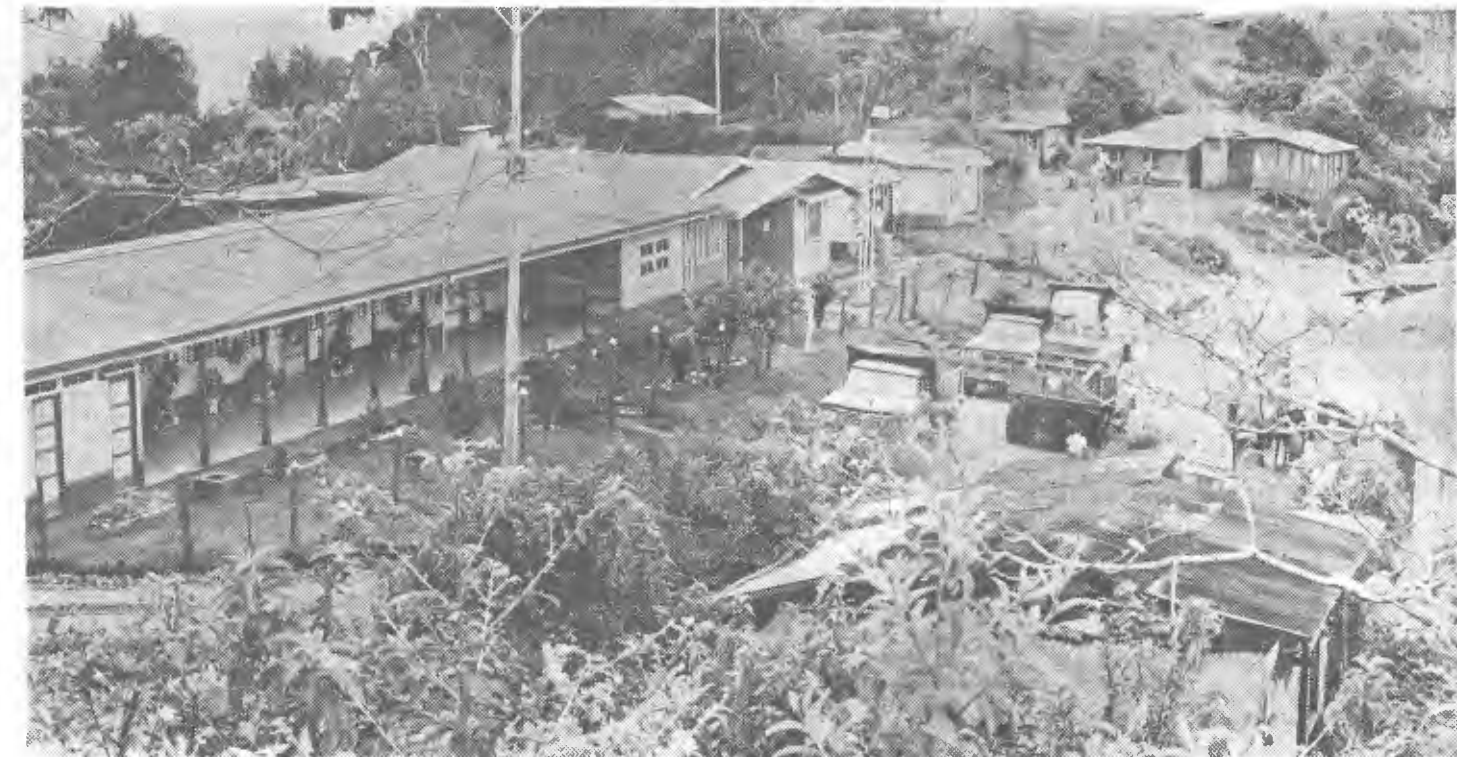
Continúa.

El pueblo de Valerio

Este es Piedades de Barbacoas, Puriscal, el pueblo de Valerio Quirós, un campesino amable, de brazo fuerte, quien nos ha contestado 91 preguntas sobre él, su familia, y las cosas que lo rodean.

Piedades echó raíces sobre los cerros, amamantándose de la buena tierra, hace ya de esto largos años, perdidos en las cuentas de los lugareños: quizás 50, quizás 75. Lo cierto es que el abuelo llegó "quien sabe de dónde", y ahí sembró sus afanes. Las serranías puriscaleñas son frescas, agradables; desde las crestas redondeadas por los cultivos, el país se abre con sus paisajes policromos. Esto entierra el amor y ya nada lo arranca de lo que resulta grato día tras día, en una cadena que se alarga sin que, al parecer, nadie la sienta como tal.

Un camino serpenteante, que parte en dos a Barbacoas, se va afanoso en busca de Piedades. Es un buen camino, que de vez en cuando arreglan las vagonetas del Ministerio de Transportes y la Junta de Caminos. El cementerio, en tierra negra, como un sembrado más, aparece a la entrada del pueblo; luego viene, en un descanso alargado, la escuela, con su corredor lleno de alegres matas, sus aulas limpias y cubiertas de material de enseñanza, su centro comunal —el orgullo de todos—, en donde un televi-



El centro de Piedades. A la derecha aparece la escuela.

sor alegra los ocios de los vecinos, la agencia de policía, dos negocios de pulpería y cantina, y varias casas. En un alto, desde donde se domina gran parte del valle central, la iglesia ya levanta sus torres color concreto, y una plaza de deportes estira las canillas de la muchachada. Y alrededor de lo que forma el pueblo, los cultivos de maíz, tabaco, frijoles o

café. Es tierra de gentes laboriosas, cosa que no hay que preguntarle a nadie, pues está a la vista.

Pero, sobre todo, es gente que coopera. De buena gente, que lucha con sus propios medios para levantar su nivel de vida. Hay muchas inquietudes en Piedades. Hay muchas buenas cosas que se han conseguido. Un pueblito en las serra-

nías puriscaleñas, que tiene luz eléctrica, cañería, carretera, escuela modelo, centro comunal excelente, asociación de desarrollo de la comunidad, comité de defensa agrícola, "play ground", comedor escolar, correo, telégrafo, planificación familiar... Un pueblito que vive desconocido del 99% de los costarricenses, pero que ha comprendido que si quiere progresar, lo que puede

conseguir en lucha propia, con los medios a su alcance, sin esperar a que todo le llegue de "arriba". Sí, Piedades de Puriscal, más allá de Barbacoas, está trabajando duro para superar sus problemas, que son muchos. La semana entrante hablaremos de algunos de estos problemas, que ya están en vías de solucionarse.